





PREMIO INTERNACIONAL
MANUEL ACUÑA
DE POESÍA EN LENGUA ESPAÑOLA

2013



**ARTEFACTOS
PARA DIBUJAR
UNA NEREIDA**

**LUIS MANUEL
PÉREZ BOITEL**



DIRECTORIO

Lic. Rubén Moreira Valdez
GOBERNADOR DEL ESTADO DE COAHUILA DE ZARAGOZA

Lic. Ana Sofía García Camil
SECRETARIA DE CULTURA DE COAHUILA

Lic. Carlos Flores Revuelta
DIRECTOR DE ACTIVIDADES ARTÍSTICAS Y CULTURALES

Lic. Miguel Gaona Hernández
COORDINADOR EDITORIAL

© Gobierno del Estado de Coahuila de Zaragoza
© Secretaría de Cultura de Coahuila
Juárez e Hidalgo s/n. Zona Centro
CP 25000. Saltillo, Coahuila de Zaragoza
Correo electrónico: sec.editorial@gmail.com

© Luis Manuel Pérez Boitel

Edición: Miguel Gaona
Diseño: Estefanía Nicté Estrada



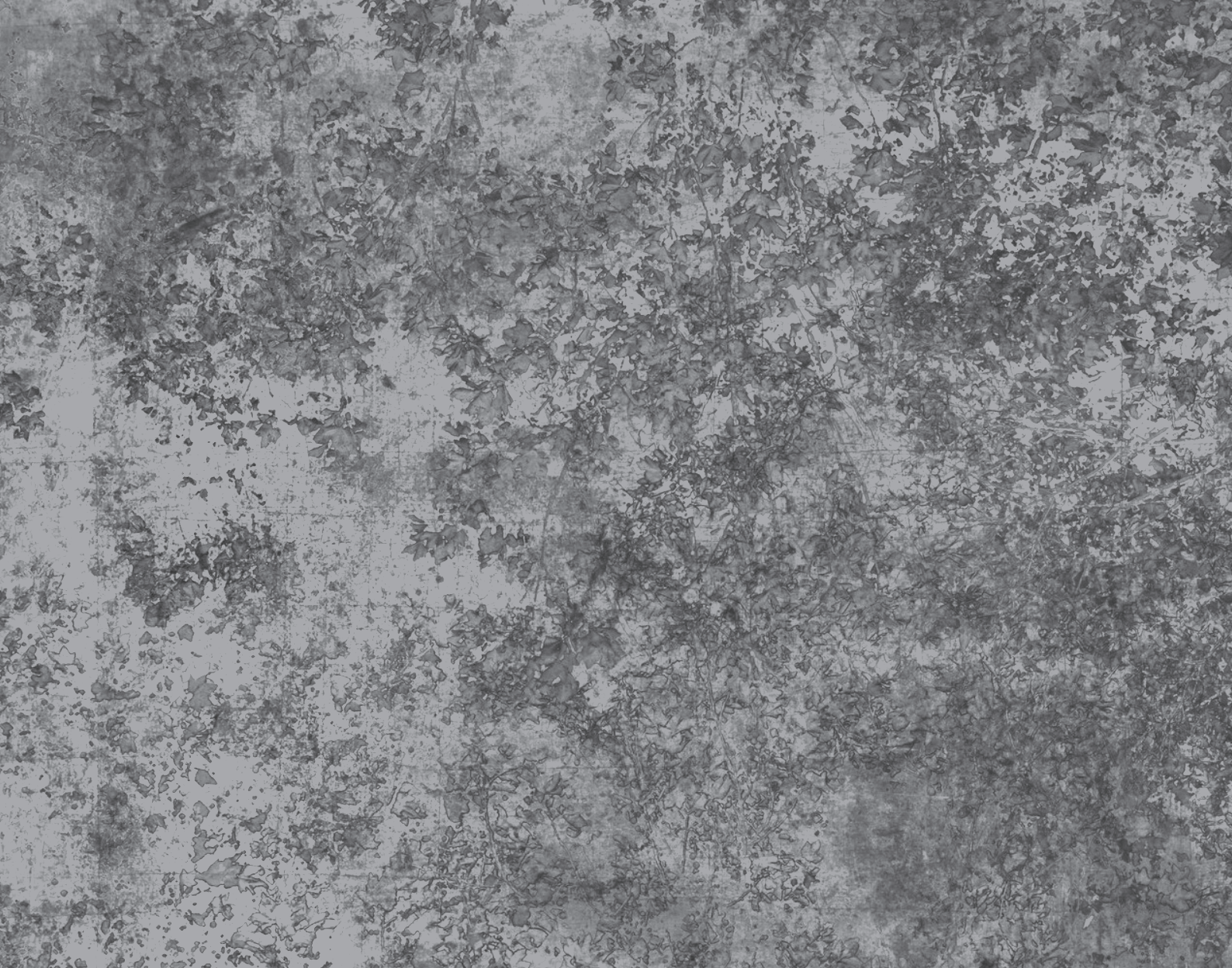
Manuel
Acuña2013
CXL ANIVERSARIO LUCTUOSO
COAHUILA MÉXICO

Impreso y hecho en México
Saltillo, Coahuila de Zaragoza, 2014

Para los coahuilenses, el 2013 ha sido un año de importantes conmemoraciones: celebramos el centenario de la firma del histórico Plan de Guadalupe; recordamos el 170 aniversario luctuoso del padre del federalismo, Miguel Ramos Arizpe, y asimismo el sesquicentenario de la Batalla de Puebla, en la que el general Ignacio Zaragoza cubrió de gloria a la nación y a nuestro estado. Finalmente, el 6 de diciembre, tras un año de actividades y festejos de nivel internacional en su memoria, conmemoramos el 140 aniversario luctuoso del poeta Manuel Acuña Narro.

Esta publicación, EN NOMBRE DE ESE LAUREL, reúne su poesía completa y nos presenta de nuevo al autor y al personaje; es el testimonio material de la devoción y orgullo con que el Gobierno del Estado se ha planteado la celebración del saltillense, cuya existencia trágica, breve. Esta edición no cierra, sino que abre permanentemente el homenaje y las vías de acceso a la obra de Manuel Acuña, reiterando asimismo el compromiso del Gobierno de Coahuila por fortalecer la imagen y la calidad de vida en nuestro estado a través de la poesía, de capitalizar en beneficio de la sociedad los valores culturales que nos pertenecen de la poesía, de capitalizar en beneficio de la sociedad los valores culturales que nos pertenecen.

LIC. RUBÉN MOREIRA VALDEZ
GOBERNADOR CONSTITUCIONAL
DEL ESTADO DE COAHUILA DE ZARAGOZA



Para los coahuilenses, el 2013 ha sido un año de importantes conmemoraciones: celebramos el centenario de la firma del histórico Plan de Guadalupe; recordamos el 170 aniversario luctuoso del padre del federalismo, Miguel Ramos Arizpe, y asimismo el sesquicentenario de la Batalla de Puebla, en la que el general Ignacio Zaragoza cubrió de gloria a la nación y a nuestro estado. Finalmente, el 6 de diciembre, tras un año de actividades y festejos de nivel internacional en su memoria, conmemoramos el 140 aniversario luctuoso del poeta Manuel Acuña Narro.

Esta publicación, EN NOMBRE DE ESE LAUREL, reúne su poesía completa y nos presenta de nuevo al autor y al personaje; es el testimonio material de la devoción y orgullo con que el Gobierno del Estado se ha planteado la celebración del saltillense, cuya existencia trágica, breve. Esta edición no cierra, sino que abre permanentemente el homenaje y las vías de acceso a la obra de Manuel Acuña, reiterando asimismo el compromiso del Gobierno de Coahuila por fortalecer la imagen y la calidad de vida en nuestro estado a través de la poesía, de capitalizar en beneficio de la sociedad los valores culturales que nos pertenecen de la poesía, de capitalizar en beneficio de la sociedad los valores culturales que nos pertenecen.

LIC. ANA SOFÍA GARCÍA CAMIL
SECRETARIA DE CULTURA DE COAHUILA

*A la memoria de mi padre,
entre estos artefactos para que la familia no
desaparezca.*

*A Raúl Zurita y H.H. Montesinos,
por hablarme de Chile.*

y qué es lo que vas a decir
voy a decir solamente algo
y qué es lo que vas a hacer
voy a ocultarme en el lenguaje
Alejandra Pizarnik

1.- Secundar lo imposible después de vivir una larga temporada en lo que ya estaba dispuesto para el hombre que no vio el cielo de su país.

8.- Dejar atrás todo lo que antes no fue de uno y fusilarse en medio del camino, como si tuviera sobre la cabeza otras piezas de repuesto, la soledad impenitente, la vigilia.

42.- Funcionar en la vida como si fuera el que nada sabe, el que tiende a olvidar, a quedarse a sola, a mutilarse. Dejar por un momento lo que estabas haciendo, tomar otra pieza y con una cuchilla cortarse el cuello, por gratitud con el beodo.

57.- Arremeter contra lo que se creía perfecto y olvídate que tienes un nombre.

I dreamt that I was God Himself
Whom heavenly joy immerses,
And all the angels sat about
And praised my verses

Ezra Pound

Esta noche me marcho, papá, ¿sabes? Díselo tú a mamá. Ahora voy a limpiarle el óxido a la bicicleta y tomaré por el camino que dejó el río al secarse. No más libros, papá. Trataré de no hacer ruido para que mamá no lo advierta. Díselo después tú, papá. No me despediré de nadie, tampoco le llevaré flores a Veli, por lo demás hace mucho que aquí no se dan.

Raúl Zurita

POEMA DONDE DICE MAMÁ QUE HAY POESÍA PARA RATO

Ángeles, parecen ángeles, me ha dicho la sombra que enceguece; pero son imprecisos caballos en el mar, raras luciérnagas o ninfas equidistantes de este inútil aposento. Sobrevolaban las casitas de la infancia en un abrir y cerrar los ojos, con el pincel en la boca, mi padre ha dicho que son ángeles, nadie dice nada ante mi paraplejia. Diluir los ojos, escapar del poema y pensar que reverencio esas variaciones ocultas en la alfalfa y la acuarela que no está. La boca mueve todos los significados, difícil cerco de la boca para desparramar lo que nadie ha visto. Ángeles, parecen ángeles, de la boca salen ángeles cuando uno no se lo piensa, en esas marinas distantes de Dios y de la abisal sombra que me cubre, en esta cama donde llevo residiendo veinte años, llevo muriendo veinte años, pero son ángeles, parecen ángeles.

En la ceniza, la sombra de las manos tiembla de inanición, ciertos ramilletes que el olvido deja pasar como su mejor carta. Si tuviera una planicie dibujaría árboles, pero mis ojos no logran alcanzar tales predios, en una rara tormenta de nigromantes y seres que van dejando turbulencias en la mente, y no puedo compartir la noche. Estos artefactos que van quedando. Ángeles, parecen ángeles, después de la crisis.

Desparramo el trazo, con extrañeza de los mundos que he visto, no pierdo la imagen aquella de la muchacha en el estanque, entre flores de loto y las tazas de peltre, pero aquí estoy ante un horizonte ajeno, mi cama de veinte años y este modo de ocultar que sólo muevo la boca para que todos digan que son ángeles, parecen ángeles. Lo demás no tiene explicación.

Un crepúsculo, por ejemplo, pudiera resultar difícil de enunciar. El Augur se ha llevado los sortilegios. Temblaba ante la noticia. Escruto mi memoria ante tantas justificaciones de que nada existe. Preciso empolverar a esas criaturas para que el fuego no las devore. Llovizna fuera de la casa, me da igual. Los pozos, ha dicho Magdalena que se van quedando. Pero Magdalena no conoce los ángeles en el cenital refugio, los molinos que intento, con cierta destreza, desempolvar de la memoria. Divina providencia ésta. Un crepúsculo, por ejemplo.

Si advierto en el remanso de este sitio que nunca alcanzaré a dibujar el mar, es sólo una utopía, un estado de gracia de esta parapleja donde sólo muevo la boca, la boca del pincel que descubre ángeles, y todos quedan alrededor de mí como si fuera una locura. Ha venido la cartomántica, la hija que se ha quedado ciega de la tía Grimilda, que residía en Bulgaria hace unos años, para que lea algunos salmos y dejen que el mar se aplaque. Ellos no han visto ángeles por estos tiempos, sólo la tierra árida donde sucumben unas bestias que ya no sirven para nada, el ojo de agua de la cañada ha desaparecido, dice la maga que ha sido un año aciago. Intento hablarle de un provenzal tiempo de siega, pero las palabras me son difíciles y tía Grimilda reconoce que en los ojos de los ángeles hay siempre un tiempo mayor.

No saldré de estas bocacalles, el pasado me golpea, y en la salita he visto a Modigliani con su cuello alargado y una estufa para entregarme, dice que me hará bien para el próximo invierno, que no deje a un lado el cielo que se enseñorea, que lo demás es abismo. Pero no saldré de estas bocacalles, me resulta difícil delinear otros rostros. Eida me ratifica que será incierta la tormenta que se anuncia, pero no puedo decir palabras. Sólo dibujo ángeles que quizás se hayan llevado todas las palabras del mundo.

En Barcelona hay una puerta de bronce en la fachada de la Pasión, tiene labradas ocho mil letras de una página de los Evangelios, nadie me ha dicho nada sobre ese majestuoso lugar, tampoco he podido llegar hasta allí, no tengo idea por qué conozco esas escrituras.

Mi cuerpo enferma como un poema, y mi madre coloca flores blancas por doquier, dice que es para ahuyentar a los espíritus, la cama queda sola por minutos. Hortensia pone pinceles en mi boca, dice que los trazos son cada vez más oscuros y que por la noche duermo mal y una fiebre me asalta. La sibila ha sentenciado que no llegaría a los veinte cinco, pues sin manos y sin piernas no se puede hacer mucho; yo me quedo mirándolos a todos, ellos no saben que entiendo la circunstancia y sigo dibujando entre los artefactos que apoyan la cartulina, para que la suerte me acompañe.

No está mal que no haya aumentado dos libras en cinco años. Todos se disculpan para tomar un té de jazmín que Zenaida ofrece a los que llegan. Ángeles, son ángeles éstos los que regresan con acuarelas, por el pasillo que conduce a la habitación hay ángeles, raras nereidas que no logro detener por los brezales hasta que escapan de esta sobredosis. En el ajetreo de estos días de cosecha, siento la hierba húmeda y el cansino aliento de los que parten. Sentir ese adiós es como si todo acabara. Mi madre es la única que dice que voy creciendo, que tengo buen color; que los médicos se han equivocado de pronóstico.

Él le decía a mi mamá “yo quiero hacer verso”,
y mi mamá le respondía: “¡Pero Juan, ése es un
trabajo para morirse, no para vivir!”

Juan Gelman

Estos artefactos me hacen recuperar las palabras, esa ceguera del mundo civil que nadie cuenta. Disimula mi madre que está enferma de un cáncer que le llega a los huesos, que es difícil dibujar una nereida sin mirarle a los ojos, en el apretado convite que se ofrece. Dice Sigfredo Ariel que la poesía dejó de rendir trigo. Habla Gabriela Mistral de la poesía que tanto desprecian los poetas mozos. Refiere Ramón García Mateos que son malos tiempos, cuando la poesía no sirve para nada. Yo miro los ojos de mi madre, ella ha leído a César Vallejo, y sé cuándo irá a llover, y cuándo el mar está en calma. Mi madre, que es como una nereida, alguien que augura que hay poesía para rato.

No he visto un automóvil, no tengo idea de qué pueda ser, pero mi padre dice que es algo muy importante para la contemporaneidad. Mi madre pone reproducciones de Durero en la habitación, algo así como unas maquinarias que el artista ha intentado ofrecer. Entonces pienso en ese engranaje que ofrece el creador para satisfacer las exigencias del mundo. Por decantación, esos artefactos me ayudan a dibujar una nereida.

Deja que resida una nereida en estos poemas, las manos que no tengo en estos textos del nuevo siglo, como piezas de repuesto para otros dibujos. Así golpear mi cabeza, caer en el limbo para hablar de la magra realidad. Ángeles, son ángeles; lo demás es simplemente el vacío.

Sí, eran ángeles, pero yo decía que eran nereidas. Díselo tú, papá, que eran nereidas.

Yo nací un día
que Dios estuvo enfermo

César Vallejo

También yo nací un día que Dios estuvo enfermo, pero perdono ese día que sin piernas y sin brazos abracé el pecho de mi madre, y sentí el cariño más humano del mundo, después sobrevino la paraplejia, la crisis verdadera donde la familia empezó a enmudecer. Ahora que la poesía me ha golpeado la frente y he visto ángeles. Para qué negar el horizonte, el país dispuesto como una semilla sobre la tierra del sur, los días que van pasando como un *tratado apologético donde las criaturas escapan*.

I sacrifice this Island unto thee,
And all whom I loved there, and who loved me;
When I have put our seas `twixt them and me;
Put thou thy sea betwixt my sins and thee.
As the tree's sap doth seek the root below
In winter, in my winter now I go,
Where none but thee, th'eternal root
Of true love I may know.

John Donne

No sé cómo lo hice
pero sé que en algún momento
tengo que haber soltado no sé qué pesantez
no sé qué bulto de mi vida
para poder así sonreír hoy a esta belleza

Tomás Segovia

TRATADO APOLOGÉTICO DONDE LAS CRIATURAS ESCAPAN

Las bestias ciegas detienen el cauce del río,
emergen conspicuas imágenes del rencor entre los hombres.
Imborrable ciudad ésta parecida a la de los libros sagrados,
undosa es la ciudad frente al paisaje medieval,
y son falsos los árboles y el país que advierto en tus plegarias;
/ sólo el poeta se esquivo, una y otra vez,
ante la vil tela de araña que hacen los días
al sucederse. La argamasa de *— estas —* los días.

Yo hubiera partido hace mucho
a un extraño Oriente, pero son arenosos los paisajes
y grotesca la imagen del pájaro
que ha quedado en el laurel; amordazado, inasible,
casi en la penumbra, en fin, casi.

i)

Raro es el pájaro
en busca de otro cielo
por lo inasible.

ii)

La primavera
despierta en una esquina
del árbol viejo.

iii)

Fin del estío:
las raíces del sándalo
frente a la noche.

iv)

Luna de otoño.
Tiene algo que decirnos
el fin de siglo.

v)

Con la luciérnaga
esta noche nos brinda
un hada nueva.

Por eslabonados paisajes
seguía el séquito, la palabra Cibeles
en la venidera estación en que el poeta advierte
/ el aullido, la bagatela, distante ya del vórtice.

La novísima hormiga rehúsa
el encuentro y encumbra por todo el país, la escasez,
/un baldío escenario.

Un himno litúrgico: ven, mano poderosa,
hacedora de lo frágil. Toma
en el escamoteo de la sombra la voraz mirada
del niño que descubre que ha llegado a un sitio lejano.

/ Que tu mano sea una mano alargada y difusa,
hábil manualidad del creyente,
imposible tierra que viene ante mí, y yo, minúsculo,
dibujando la hormiga que escapa, frente al vacío.
Las trasnochadas sombras
no justifican la corriente indetenible
del tiempo cósmico. Unos pájaros agujerean
la endemoniada fronda, y la consumen
en desiguales fragmentos, mientras el tiempo sádico

/ se empequeñece y se sienta
como un animalejo dispuesto a obedecer.

La tierra toma el cauce de las aguas verdinegras.
El viandante viene con las provisiones
por el inigualable camino, estupefacto.

/ Dramática es la hora final
para el viandante que no esperó ver su sombra
de extranjero a unas millas de la noche como un Tratado apologético
donde las criaturas escapan:

1 Según la vida pesa las cosas,
hay cosas que bien pudieran tener una mejor
definición.

2 Hurgar en el vacío
es mejor que ignorar el vacío.

3 Busca en el enemigo,
en qué se parece a ti.

4 Ecurridiza es la imagen de la belleza,
advertir lo no ecurridizo es algo atroz.

5 En casa del poeta lo deleitable es la palabra.

6 No pretendas ser el único viajero
por el trasmundo, difícil es el limbo del que parte.

7 Escucha, hay un abejorro en el hálito
de tu cuerpo. Escucha: hay algo en el cuerpo
cerca del fin.

8 Las criaturas aladañas han
salido del caos y ya cansadas regresan al caos.

9 Arte minimalista: los cuatro jinetes
del Apocalipsis pudieran servir en un poema redondo y otoñal
como santuario de la última palabra.

10 Hay quien se despide en la arena y deja en la arena
un nombre como si fuera éste un acto de fe,
de búsqueda de otras palabras que están
en ese mismo lugar pero en otro instante.
Vamos a retirar la alianza de los cuerpos. Los adagios
para fundar la ciudad, el confín.

Escucho los estertores del país. En tales debatimientos
la sombra nos cobija del invierno.
Inigualable es la ciudad para ti, la desazón,
la gloria circundante. Afuera llueve, y tal parece el paso de la Erineas
lo alegórico a todo lo circundante. Como en la catedral de Notre Dame
el daguerrotipo del vigía que pasa justifica lo agónico del relieve,
estas criaturas aledañas que han quedado
como los amantes de Teruel,
en su desmedido amor, en su andamiaje,
para que otros digan aquí están las bestias. Por favor, resiste.

Al amparo de tu desmedida irreverencia
vas perdiendo la casa, el amigo predilecto

/ que nunca apostó por estos raros pasajes.

Mientras la tempestad hace lo suyo, en el fondo,

el poeta queda distante del festín, como si el cuerpo no fuera su cuerpo, la corriente; tal parece que el Tapiz de Bayeux tuviera algo que ver las salvajes criaturas con la ausencia.

Tú, viandante, prófugo,
otra vez cruzas como indomesticable criatura
en busca del vacío, la soberbia, pero no hay algo más
/ memorable que ver
cómo tus hijos crecen y pasa un invierno y otro,
y los ojos que te miran son los que observaban
cuando tú, apenas hombre mínimo, ibas en busca
/de una supuesta ciudad, en estas naves.

No dejes ese instante de contemplación (de rara belleza?).
Créeme, es éste el juego: un hervidero
/ contra el tiempo, todo.

Detrás del raro cortinaje, la secuencia fue el vicio
ante el gobelino relieve, donde el hombre ha caído
en un disparo fugaz e irrepitible. Tú esperabas las cartas donde la complicidad fuera el poema
mismo aferrado

/ a la tradición.

Nada podía hacer yo. Viendo aquel niño en la avenida, el automóvil que se aleja. El oficiante ha
salido por esa desembocadura. Estaba en Toledo, los diminutos árboles, los ralos árboles, desde
aquí me impiden tal aproximación, la perpetuidad supuesta de un cuarto de hotel.

/Desde el móvil, la secuencia del número es imposible, la secuencia
del número delata el fugaz instante donde intento
el salto. Un salto para salir a la calle. Un salto para ocuparme de mi ausencia. Un salto también
para dejar la ciudad con un salto de miedo donde el niño ocupe un lugar memorable y logre
evadir, sobre la ceniza, la extraña paz.

/Voy de prisa. Delante de mí otros van de prisa. La ciudad se ha
convertido en este momento en un ser irreverente,
que salta al fondo.

En la catedral de Santiago de Compostela,
imagino el monte Tabor, la penitencia.
En el pórtico de la gloria, el escultor se disculpa de San Daniel
cuando su sonrisa detiene. En la abigarrada piedra
/los cuerpos cruzan en un juego de miradas
algunas palabras. El maestro Mateo debió suponer el ritual
del pórtico; tal como el amanuense. Los profetas edifican allí la transfiguración de Cristo,
misterio teológico éste que escapa de los cuerpos
y de los ojos del turista que pasa con aires de majestuosidad
/ante el Pórtico de la Gloria.

Sobre la casa, has dicho, hay algo de carencia, de miseria escondida,
de angosto sitio para la infancia, yo que no busco un París, ni cantábricas costas; quién tendrá
razón para ocultar estas monedas, una cerveza amarga que nadie imaginaría.

La vanidad de los que se alejan
es un misterio. Daría lo mismo verlos pasar y creer
que han colocado un árbol de navidad diferente. Aquí,
la madrugada me reconoce y me olvida a la vez, me traiciona;
estoy tan distante de ese *mare nostrum* que imposible pueden ser estos días
cuando la lluvia hace un raro divertimento sobre la tierra.

/La tierra de la isla que ahora yo desdibujo
como si fuera posible adivinar desde la casa
el aire verdadero, un París diferente sin arbolitos de navidad
y gente que se aleja, que constantemente se aleja.

Las criaturas aledañas son como un mar
de fondo, un caos, una forma de vida edificada para el que va
a tomar un turno; y descubre que al final tu padre esperará
por esas monedas que alguien va a olvidar
sobre una mesa de un cafetín, con la mudez de un rostro
que se levanta y después cruza el vacío.

En el despavorido territorio la gran alianza se enseñorea sobre el cuerpo que ha dejado de pertenecernos. Amuleto para la buena suerte tras mis pasos, fantástico lugar que se distorsiona en el poema, como daguerrotipo del poema, bajo la grava, en el submundo del poema mismo, animal malherido, gélido, neobarroco, doméstico diría para ser más contemporáneo, que nada sabe de mí, que se alimenta de mí como madre nutricia, como una nereida. Allí donde transcurre la sierpe un hombre ocupa el turno y el despavorido terreno queda en la palma de la mano, entre sahumerios, luces arcanas, países que sólo existen bajo las curvas finísimas del invierno.

Transida por la ensoñación, fenece el ave sobre un árbol. Diluvio que la mano esconde de un ritual frente a lo impropio, tártaro cielo, divertimento de su sino, cóncava luz que agujerea el paisaje, ya inerte, ya sobrehumano. Íntima ceremonia que Ofelia dejaba con el dibujo de ayer. Tenía un raro presagio, una especie de airecillo sempiterno, allá donde la noche pierde todo soporte, el albur, su equilibrio, el equilibrio de los cuerpos, el equilibrio de los cuerpos que pasan de largo, el equilibrio. Transida por la ensoñación la muchacha en el parque escribe estos poemas aislados, ciega la madre dice vivir en un país y se juega el todo. Allá, bajo el álamo del innombrable noviembre Ofelia ve cómo el ave se adentra a un reino y después muere.

En el diluvio de la mano escapan los países nunca antes vistos. Tía Margarita tiene unos mapas de los siglos pasados, por aquí atravesaron los vendedores de seda, los escanciadores, los recolectores de lapislázuli en una antigua travesía. Piedras de oro, aguamarinas y otros artificios dejaban a su paso en las aldeas que como santuario fueron relegadas al olvido, a la dicotomía que impone el olvido. Olvido de los hombres. Olvido de la noche que juega un papel tangencial, en el olvido que hacemos de nosotros mismos. Ahora que estoy en el Zócalo he visto una catedral edificada bajo otra, especie de poderío contra el tiempo, mala jugada del hombre de ayer. Allí un templo azteca me conminaba al límite, a la heredad de los límites en los más cercenados mapas, en la rutina de otros mapas, esas franjas fueron la demostración de un tiempo inerte, de raras deudas, paganas deudas. Dicen que debajo del Zócalo se esconde toda una ciudad precolombina, una ciudad que se edifica sobre otra como torre de Babel. Tía Margarita tenía esos sortilegios, en aquellos países que semejaban ocultarse de todo, mientras la calle Insurgentes me obligó a detenerme en la Barranca del Muerto, a unas millas, me quedé imaginando estas dos ciudades que dejé atrás para arribar a una especie de teoría sobre la superposición de las cosas.

Al final de la bruma, donde se ahonda la noche con los pasos de un desconocido, he visto el rostro de la muerte muy cerca, decía llamarse Stefany, Gabriel, Armando, entre la podredumbre y estos días de cábala. No miré atrás pero seguía en el vendimiador refugio aterido a liliáceas sombras, como si fuera un animal que respira y uno siente las sajaduras de un silencio atroz, la sangre que escapa hasta llevarte el aliento, los estertores, el peso de un cuerpo que muerde la carne y arranca tu pulmón, una especie de broma para que aprendas a morir de una vez. Así he visto en el encalabozado las palabras perfectas, llamarse Stefany, Gabriel, Armando. Imaginar que uno va por el jardín de la infancia, encumbra de un salto la casa vacía, se va despidiendo de todo, en la nívea sombra, órfica sombra, del que ha visto la muerte, de soslayo, a contraluz, y se cree feliz por el duro acto (su naturaleza dual?). El que está pendiente de la cuerda se persigna. Han tocado en las rejas por donde escapa Stefany, Gabriel, Armando. Así el que llegó después limpia sus manos en un muro, el que ha visto la muerte tan cerca entrega su pulmón y sigue.

Sebastián canta maitines en el cielo, la tierra y el mar.

Jorge Esquinca

En el poema de Jorge Esquinca se dice que Sebastián canta maitines en el cielo, la tierra y el mar. Suponiendo que ahora mismo Sebastián haya tenido un mal día, pudiéramos justificar la falta de alumbrado público, el hombre que ha lanzado sus naipes contra el quiosco, contra la tachadura del quiosco, envilecido por la noción de la noche. Pero supuestamente Sebastián canta maitines entre la ráfaga, contra los arquitrabes y el insólito estanquillo donde se diluye la noticia con el inevitable y levantisco panorama del otro que afirma que no se hace aquí un centavo. En el poema de Jorge Esquinca se dice que Sebastián estuvo “en un pesebre de paja metafísica” porque tenía intención de ser poeta. Íbamos sin darnos cuenta con el insomne paso de la crisis y la mixtura de una ciudad que nunca levantó la mano para defender al escriba, que nunca tuvo nombre, ni destino, ni fin. Mi madre tuvo mucho que ver en el asunto. En el poema de Jorge Esquinca, diría. En el instante en que Sebastián pidió la palabra para indicar la llama de amor viva.

OH LLAMA DE AMOR VIVA

¡Oh llama de amor viva,
que tiernamente hieres
de mi alma en el más profundo centro!

San Juan de la Cruz

i/

Mi madre no adivina esos nudos que hace la noticia. Por sus venas un linfoma mordisquea los bermejos paisajes de la infancia. Ahora que nada importa más que esa criatura que comienza a cubrirle el cuerpo, rebanándolo, goteando su destino. Papá, donde quiera que estés no permitas que la tierra siga llevándose ese mundo que nos hizo verdadero. Eida gravita en una ciudad mayor y la sombra cubre al unísono los venidos años. Pero mi madre no sabe de los destinos. Un linfoma es suficiente para despertar una mañana y arrancarte la mañana del corazón. Memoria ésta que nos traiciona. Rara vestidura del animal que cubre su tiempo de ausencias. Mi madre es lo único que tengo. Con la noticia comprendimos que la mañana era algo que no iba a llegar a ninguna parte. El patibulario sonrío cuando logro entrever que nada nos salva. Escribí una súplica a san Judas Tadeo, a petición de un amigo que tiene mucha fe en el santo. Dudé de este aciago tiempo. Eida era una ciudad diferente. Una ciudad para todos pero sin calles, ni casas, ni ese olor matinal a pan salido de los hornos como los astros en medio de la noche.

ii/

En el divertimento de mis días la luz gravita
sobre lo que amo, cosas imposibles; advierto que nada pasa
y ruego bajo estas palabras en tu venidero día, en el mañana dispuesto.
En la casa me voy quedando con los años, y dibujo bajo la soledad
la dimensión de los rostros que amo, confundido estoy
bajo la noche donde la palabra pudiera no resultar tan sagrada.
(Des)corro las cortinas de la casa y pienso en mi madre, que tu reclamo
aguarde otras estaciones, para que cada minuto de mi vida
se prolongue en su vientre, que me salve san Judas este tiempo
de toda posible ausencia. No permitas bajo tu verde luz
que las cosas que una vez cultivé desaparezcan, dame un sitio
aunque sea mínimo para dibujar lo que he visto ante los ojos
de la trinidad divina. Ahora sé que el tiempo que está por venir es imposible
de augurar, que la salud de mi madre sea como esa tierra y que no exista
mayor júbilo que el día en que volvamos a encontrarnos todos
alrededor de una casa, que ya no existirá, donde apenas
me reconocerían si tocara a la puerta.

iii/

Si alguien debe morir, que se pierda mi tiempo como un copo de luz,
dispersa luz, en el verano. Que los años que me quedan
se viertan sobre mi madre; de lo contrario no existiría razón para invocar
esta trinidad. Si alguien debe morir, daré

un

paso

adelante.

(En el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo. Amén.)

CARTA ASTRAL PARA DIBUJAR UNA REALIDAD QUE NO ENCUENTRO EN TU NOMBRE

Qué puedo decirte, madre mía, a la hora del mal dormir entre jeringuillas y fragmentos de un linfoma que parece te llevaba poco a poco. Después del chinesco hospital, los cristales de la noche, el traspies que oficia el cáncer entre tus arterias, cómo decirte tanta verdad, una verdad absoluta que no podría creer nunca, por la que respondías como un animalito tembloroso, el más frágil de los animalitos asediado por la multitud, imposible de entender en su propia sombra. La definición de un extraño sueño que descubro en tus ojos, en la planicie de tus ojos, por ejemplo, cuando acudíamos a la salita del hospital y yo te ofrecía regalos para que no imaginaras la sangre que faltaba, los estertores de esta aciaga existencia de la que no puedo despedirte. Entonces indagabas el porqué de aquella gente moribunda cruzando frente a nosotros, por qué tanta soledad en los rostros de los paseantes y de uno mismo. Nada nos era ajeno, ni apenas el día que me dijiste que no querías ir más al tratamiento, que ya las venas habían colapsado y que era algo injusto que no podía seguir ocurriendo. Entonces mirabas alrededor, y no hallaba razón ni pedestal, no hallaba el sendero para transmitirte el estado de necesidad, las injusticias de Dios, y de la vida que siempre es incierta. Duraron un año el temor, la súplica y el desasosiego de cuidar de ti, madre mía, de sentirme a tu lado el más pequeño de los hombres, un principiante, el incomprendido por la turba, el que escapó de todo pacto por alcanzar la felicidad, y tú no sabías nada; en ese instante donde decidí dejarlo todo a

Dios, pero salvarte. Así fue la rutina de los días, la búsqueda por minimizar las secuelas de las quimioterapias y de tus venas necrosadas. Madre mía, qué difícil es dejarte en un poema para que elijas entre la pátina de la enfermedad y la manida palabra existencia. Qué difícil es dibujar una realidad que no encuentro en tu nombre, cuál misterio ofrece Dios para que la muerte no sea ni el fin ni el principio. A duras penas puedo explicarte, madre mía, sobre estas cosas, y temo en el aciago tiempo que nos encumbra, mientras te preguntaba por los árboles del patio, por los días de navidad y la familia. Qué puedo hacer, madre mía, si no pude sustituir mis venas por las tuyas, si en tu mirada siempre encontré un rencor injusto, diría yo, amargo, por la inexplicable hora de la transfusión, por la herida que mucho más se hacía en mí junto al lamento. Nada sabías, madre mía, nada sabías. Cómo podré revivir tantos motivos diversos, fingir que se está feliz por el hecho de hablar de la felicidad. Callar simplemente, cambiar de conversación como si nada sucediera, pero son terribles el candil y la expectativa por los medicamentos que no llegan. Mientras prefiera que sigas peleando por la casa y el país, insistir que todo ha sido un sueño y tenga lágrimas nada más, y no pueda hablarte de porvenir, de los hijos que no sé si tendré; ah para qué tantas preguntas. Madre mía, si un día piensas que intenté escapar de esa realidad, que no cuidé bien de ti, que también he sido un animalito tembloroso perdido en su soledad. Qué puedo decirte, madre mía, que me perdones, que me perdones.

EN EL CAMINO POR EL MONTE CARMELO

1 Pequeña es la ceremonia que se oficia en el Monte Carmelo, y salomónica es la página que se escribe contra el pronóstico, las cofias de los hombres apuntaban un cántico mayor. Pensé que el paisaje se diseminaba pero más tarde que nunca llegó hasta Dios un extraño rumor sobre los límites.

2 Busco en la belleza equilibrada un signo, la prueba mayor está en la naturaleza, resido desde mucho antes en esos senderos y me dejo llevar, casi sin saberlo, hasta la gran puerta.

3 Llevo las escrituras de san Juan de Yepes y aprendo de todos los que me encuentro a mi paso; aunque vayan en sentido contrario sus almas siempre dicen de Dios.

4 Mi madre clama por la pena de un cáncer, su cuerpo pertenece a la otra vida, pero su alma – le digo fijamente– será para bendecir a Dios.

5 No me disgusta sentir el olor de la hierba, tarda mucho en crecer desde la pradera, pero si dijera el código de tanto extrañamiento no podría entender la palabra de Dios.

6 Un árbol de cedro es un árbol de cedro y una prueba de Dios en estos tiempos es una prueba de Dios y para Dios.

7 Soy el ciervo bajo la lluvia de otoño, la palabra se desliza en mí, la sosegada noche. En el umbral tengo mi casa, es una casa humilde e intemporal, llueve en otoño dentro de la casa, pero los olores de la hierba húmeda me deleitan tanto como el paisaje.

8 Tenemos un secreto que sólo Dios conoce; Dios es mi secreto y lo comparto contigo. Así entenderás con mayor claridad el séptimo día.

9 Mi madre me musita unos versos de san Juan de la Cruz: *Sácame de aquesta muerte, mi Dios, y dame la vida.* En los aleros de la casa la luz se enseñorea, y mi madre dice no tener respuesta a su plegaria. Me siento junto a mi madre y le advierto de la luz matinal.

10 El corazón está sobre las manos que sólo he utilizado para llevar al cielo. Algunos no conocen el porqué de esa fuerza interior.

11 Sólo te pido llegar a la puerta y que me indiques por dónde debo seguir.

12 La vida es muy breve, sentencia un amigo, pero más breve será si no pides clemencia.

13 El frío no es el frío que llega a los huesos, la miseria de no tener protección ante el férreo clima que llega a los huesos y no es la miseria. Busca bajo un álamo dónde has puesto tu fe.

14 Si una vez retrocedo porque mis fuerzas menguan, no caviles. No me des de comer para que recupere el sendero. No hay mayor satisfacción que levantarse y seguir.

15 Mi ropa se ha rasgado por el sendero. El pan no alcanza para otra comida, en la demencia hay quien ofende por un pedazo de pan, y exige más de lo que debe. Pobre gente ésa. El misterio de todo es alimentar la mente, avanzar contra viento y marea.

16 Es medianoche, en cada palabra pienso en Dios, a duras penas pudiera yo verlo frente a frente, pero siento su respiración y su aliento es mayor que los océanos.

17 Nunca entendí por qué la pobreza es un signo externo; aquellas niñas iban con sus levitas sucias y sus caras tristes, pero tenían un corazón de primavera cuando se pusieron a dialogar sobre el Señor.

18 Perdona todo camino distante, y que la fuerza del día me lleve a Dios. Una puerta de ébano limita todo lo que acontece en el trasmundo. Perdona todo camino distante, soy tu ciervo entre la luz y las tinieblas. Nada pido.

19 Mi cruz es también una cruz que llevo sobre mis espaldas. Alabado sea mi Señor que me escucha siempre y me permite llegar hasta la más alta colina.

20 En los claustros de estos Monasterios no se viene a encontrar a Dios, él está contigo desde mucho antes.

21 Cuando nací era tan pequeño como una nuez, cuando fui adolescente era el más pequeño de la fila, cuando descubrí a mi Señor descubrí que era el ser más dichoso.

22 Si la noche es el tránsito que hace el alma a la unión con Dios, entrego toda la fe a este encuentro por venir.

23 Cabalístico es el acto de privar el apetito, y que todavía queden fuerzas para seguir. Dios es el inicio de esta noche espléndida por este Monte sagrado donde me acompaña san Miguel Arcángel.

24 Ungir todo lo que me sea ajeno, conviene ciertamente desnudar el entendimiento para la hora señalada.

25 Cómo podría probar mi humildad si todo lo he entregado, si las llagas en mis pies sopesan el duro transitar. La voluntad es quizás una verdadera batalla para alcanzar a Dios.

26 Las begonias se han despertado, la naturaleza asume un signo misterioso que no se puede alcanzar con palabras.

27 El silencio es la prueba necesaria para recibir la luz espiritual.

28 En el pueblo hay una abadía casi en ruinas, los ancianos del pueblo dicen que allí no está Dios. Perdónalos, Dios, lleva una canción de fe a sus labios.

29 El mayor sacrificio existe cuando se sostiene el espíritu ante un ideal.

30 Es cierto, san Juan de la Cruz, la contemplación oscura no sólo es noche para el alma, sino también pena y tormento, como fe y sabiduría es la noche misma, allí lo habitual es escuchar a Dios.

31 Dios toca cada una de nuestras almas. Bienaventurado sea el camino para la iluminación.

32 Si existieran nubes que dilaten esta entrega, esta memorable noche será parte de mi alma y de mi espíritu.

33 El puro espíritu de Dios es el camino a Dios, la claridad que nos evoca será el entendimiento para una larga alabanza.

34 San Miguel Arcángel siente que la noche es también la noche de todos y de Dios. San Miguel Arcángel protege mi casa y nos ilumina. Mi madre cree que san Miguel Arcángel será quien le cierre los ojos.

35 El camino verdadero es inesperado y angosto, pero es el camino. En la noche de pentecostés ya no estaré junto a mi madre.

36 Buscar los hechos más mínimos de la existencia me provee de una fe inequívoca, que viene de los árboles del bosque. No albergo dudas que será el fin la entrega de mi alma para la gloria final.

37 Madre mía, si un día descubres mi ausencia, camina hasta la Colina, en adviento, será una larga noche, donde tendré las piernas necesarias, la energía de unos brazos que desde hace veinte años quisiera tener para abrazarte, pero me ha sido negado el don de las palabras, y escribo nereidas con un pincel en la boca. Estas palabras salen del silencio y del espíritu que está con Dios, la fuerza de Dios me permite golpear cada tecla de la vieja máquina Olivetti, y escribirte.

38 No hay distancia entre Dios y la poesía. Si Dios es amor y la palabra poesía trae amor a nuestra existencia, Sigfredo Ariel se ha equivocado, también Gabriela Mistral, y Ramón García

Mateos, al enunciar que la poesía no daba trigo, que es despreciada por los mozos, que no sirve para nada.

39 Estos son mis artefactos, si los tengo que dejar los dejaría por mi Señor.

40 Veo la luz. Así sea.

11

1. 2. 3. 4. 5. 6. 7. 8. 9. 10.

11. 12. 13. 14. 15. 16. 17. 18. 19. 20.
21. 22. 23. 24. 25. 26. 27. 28. 29. 30.
31. 32. 33. 34. 35. 36. 37. 38. 39. 40.
41. 42. 43. 44. 45. 46. 47. 48. 49. 50.
51. 52. 53. 54. 55. 56. 57. 58. 59. 60.
61. 62. 63. 64. 65. 66. 67. 68. 69. 70.

71. 72. 73. 74. 75. 76. 77. 78. 79. 80.
81. 82. 83. 84. 85. 86. 87. 88. 89. 90.
91. 92. 93. 94. 95. 96. 97. 98. 99. 100.

ANIMAL NEOBARROCO

Ognuno sta solo sul cuor della terra
Trafitto da un raggio di sole: Ed è subito sera.

Salvatore Quasimodo

En la primera alusión despierto con los abismos del hoy:

“Nada hay en mí, sino esos horizontes que alguien dormido contempla desde un mar: desde otro mar, que acaso ya no existe” (Jaime Siles).

Así pudiera empezar mi viaje por el trasmundo. Ven para que nadie te cuente de esta ceremonia, la fuga que nos alcanzó a todos porque debajo de la azotea el hombre está mirando. Está mirando el svástico paisaje, la figuración de los días, las basurillas del paisaje. El relente es también una forma de mirar.

El hombre está mirando, ahora mismo tiene su historieta, su falsa comunión con el que sigue en pie. Íbamos a juntar los cofres, los libros que ya no sirven para nada, pero el hombre está en pie y Néstor Perlongher nos avisa de que tocan a la puerta con toda terquedad. El que dibujó la claraboya siente pena por estos cadáveres que van muriendo lentamente, sobre las aguas...

Pero el hombre sigue mirando. A duras penas, bajo el relente de los pitos de los carros y las luminarias que afloran en la ciudad, nos olvidamos del invierno

que arrecia y disimula un tiempo indomesticable, herencias de otro país.
Enrancias de tiempo. Gravitación de la imagen más sacra de lo que pudo ser la ciudad
vista a desaire. Enrancias de lo que se ha visto,
de lo que se disimula ahora detrás de un cartel que nada dice; que serás tú
el próximo en salir, en perder la cabeza, aunque seas una figurilla
que han colocado para seguir de largo. Huele la carne su mejor momento
con el hedor de los cuerpos otros que ya no son más que una falsa angustia.
Simular que hay cadáveres, por ejemplo.
Quitarte un puñado de pan cuesta lo que el cadáver no vio
bajo esta misma fatiga, no suponía la fatiga. El disimulo es considerado un acto
que sopesa esta casa. Donde mi padre, desde la bohardilla, asumió la sobredosis,
la crisis en que murió un hermano mayor, el mortecino aire nos sobrevive pero no es real
la silueta de los paseantes, de los que buscaron bajo los arrecifes las mismas historias
para quedarse sin historias, sin arrecifes. Mutilar el brazo por esos desatinos.
Afuera los carros siguen erráticos hasta un fin, la congregación del fin,
el estanque del traspatio y las sombras del fin. La ciudad como límite y el hombre sigue en pie.
Hay cadáveres que están en pie. Simular por ejemplo que entre la línea flotante de la ciudad
la silueta es un raro vacío. Primero. Hay cadáveres. En el otro país. El hombre sigue en pie.
Segundo. Hay cadáveres. En el otro país. El hombre sigue en pie.
Tercero. Hay cadáveres. En el otro país. El hombre ya no está en pie.
Y el mutilado sopesa en el relente las voces, los meandros de un puntapié contra la chalupa.

En la fabulación de lo que cuentan el nigromante prefiere otro país bajo la ráfaga,
ciertas turbulencias. Imaginarios que el danzante atestigua con las palabras y las hojas
del otoño, lo que queda, lo que va quedando. Arrecia el otoño y el que está
de espalda acude a las vitrinas que han puesto para dividir la turba.
Enrancias del cuerpo que acumula tanta muerte que no puede
llevar a costas. Dime quién ha sido el tramoyista de estas escenas.
Dime cómo están las aguas de los mares bajo estos desiertos del espíritu.
Dime los nombres de los que fuiste alguna vez,
la karma del otro, el sobreviviente. El impensado sobreviviente, la rancia pátina
del sobreviviente que ha golpeado la pared, que se ha quedado
solo. Dime por qué estás en la isla ahora mismo, en la fugacidad de isla, en la oscuridad
reservada a los que están. Dime si es cierto que a esta misma corriente
fueron lanzados los que dijeron su verdad, los que sobrevolaron su verdad,
los que se dieron un tiro. Un tiro. Raúl. Un tiro. Hernández. Un tiro. Novás. Un tiro.
Raúl Hernández Novás. Un tiro contra el nombre del que escribió
un poema contra sí. El martillito del poema contra sí. El escondite del poema
donde está el cadáver. Raúl Hernández Novás. Dime la repetición del acto, las púas del tiempo
del que se ha mutilado la cabeza. El cadáver está quedando más ciego
que nunca y escapa. El cadáver está diciendo otros nombres
y otras temporadas por el que no respira. Saltemos la página.

83. Si algo escapa de estas palabras es la sombra de un paseante que no quiere decir adiós, que no tiene marcha atrás.

200. Sobre la mano estaba todo escrito, debajo de la mano te dejé unas monedas.

315. Figurar que estás solo, que entras a una taberna solo, extrañamente solo y después que digan que has querido tapar el sol con un dedo.

388. Oliday, si piensas que un día dejaré de amarte, intenta escapar de este poema, Oliday.

402. Hay dos cosas que no perdono: primero, la mentira; segundo, la verdad repetida muchas veces.

608. Ay querido Bola de Nieve, llévate mi alma, como en aquella cancioncilla donde invocabas lo indecible. Llévate este vacío de isla, este solo del poeta que se va quedando ciego, que no quiere ver.

LO PEOR QUE PODRÍA PASAR ES CALLARNOS POCO A POCO

Pero nos tenemos a nosotros y tenemos poesía / por eso celebramos que estamos juntos anunciando el
devenir de nuestros deseos / lo peor que podría pasar es callarnos poco a poco / caernos enredados en el
mismo galope / hombres mujeres caballos / estamos viviendo el luto de nuestro tiempo

Héctor Hernández Montesinos

Para H. H.

Entre los lunáticos la amiga que se pinta un nombre que no tiene / sucio trabajo éste /
recolectar los años en una bitácora donde todos echan un algo / el salivazo para los días de
llovizna y un solo pedazo de pan sobre la mesa / en el hospital donde todos llevan un cadáver
/ nadie escucha a Nat King Cole y esa razón de evadir la ciudad con aquello de Nature boy
/ de tener la ciudad a cuesta / mientras H.H. me habla de Putamadre / no existe razón para
desconocer que alguna vez tiramos unas monedas a raros traganíqueles que antes pertenecían a
bares de mala reputación / mientras la amiga que se pinta un nombre que no tiene / deja caer
un libro de poemas / y llega el sirviente para abrirle el corazón / entre los médanos del hospital
y un lugar de la ciudad / prefiero emborracharme en las noches del verano / cuando no sé
de mí / reconozco que hay en mí un ser inigualable / y recuerdo a Louis Armstrong cuando

interpretaba *Do you know what it means to miss New Orleans* / en este cuerpo dividido / lo peor que podría pasar es callarnos poco a poco / para cuando el que nos recibe nos diga / a quién se le ocurre traer un cadáver al hospital / y salir con el cadáver a cuesta / muchacho o muchacha / caballo o caballa / sobre la ciudad de los patibularios y el silencio / como si fuera una sobredosis de realidad / cuando la lógica es dejar el cadáver en un banco de parque / ponerle un cigarro en los labios / para pensar que todavía existe / que respira / la amiga que se pinta un nombre que no tiene / y deja caer un libro de poemas / en el lugar menos indicado del país / para que otros se alarmen / a quién se le ocurre traer un cadáver a un hospital /

MY SOUL HAS GROWN DEEP LIKE THE RIVERS
(LANGSTON HUGHES)

Mientras los corista aplauden el posible traspíés / mi alma se parece a un río heracliteano / una mitad del camino me hace diferente / un puente para que los amantes tiren monedas y se juren cierta eternidad / Berenice prendía el candil a deshora y decía que era para festejar el día de san Rafael / la noche misma que caía / en el poniente / en esas placetas me resistí a pensar que todo ha sido por el milagro de Dios /

*Son ángeles / parece que son ángeles / y es más que un sacrificio
lo que se pretende / la duda y el sobresalto por las noticias que
llegan y una especie de razón para convidar a los que no miraron
el río*

Mientras los coristas aplauden el posible traspíés / mi alma se ha quedado en el silencio / pudiera ser necesario el silencio / si las palabras faltan / el río que falta / Berenice prendía el candil a deshora y decía que era para festejar el día de san Rafael/ pero ciertamente Hughes mi alma se ha hecho profunda como los ríos / y va más allá de la ciudad /

*Son ángeles / parece que son ángeles / pero no debes mirar
fijamente a los ojos de los ángeles / ellos tienen una luz distante
de lo humano*

CUANDO YA NO HAY NADA QUE HACER

Bajo el swing que nos dispone la distancia, querido J. Marimón, he colocado el escamoteo de las anémonas, lejos de Abisinia, las sucias calles de Abisinia, la oxigenación de lo más errante que es la sombra, bajo el chasquido de los que pasan.

La soledad es un rostro inequívoco que gravita entre los árboles, raras claraboyas que el tiempo dispone. Agazapada está la rueda de los vientos, la multitud de aquellas secuencias donde la poesía nos condujo y era placentero el acto, la nocturnidad por ejemplo, la lucha del super-yo, por la entelequia de los cuerpos cansinos.

La ausencia amordaza el ruido de los autos, bajo el swing que alguna vez descubriste por Centro Habana, en lo marginal de una calle donde se fumaba por ocasión o sabiduría. De los que están fuera, tú eres lo más auténtico que he visto, penitencia la mía, disimular la penitencia. No escapar. No hacer nada. No jugar al Tarot.

No llevar una billetera al lugar donde todos compran. Tú eres lo más auténtico que escapa, fiercilla mía, lejos de Abisinia, cuando se pone el sol sobre la cabeza y te cuelgas de la soga. Te atornillas a la soga, como si fuera un pimpollo de los que no están, J. Marimón, de los que pasan encrespado por la soledad, Cibeles de la soledad.

Especie de swing que me hace ver las calles diferentes, en Centro Habana, cuando ya no hay nada que hacer. De los que están fuera, tú eres lo más auténtico que he visto, penitencia la mía, disimular la penitencia. No escapar. No hacer nada. No jugar al Tarot.

No llevar una billetera al lugar donde todos compran.

HAGA SILENCIO, POR FAVOR

Decía en el entarimado: “haga silencio, por favor”, y así nos fuimos con el fragmento a otros escupideros. De nada vale decir que has leído a Ezra Pound y que has hecho un pacto también con Whitman. Dejarse caer por esos promontorios es un sacrificio, dejarse llevar por el juicio del obcecado, del que se ha puesto de pie, del que se ha puesto sobre la cabeza un revólver y se va a dar un tiro. Decía en el entarimado: “haga silencio, por favor”, cuando los sesos del obcecado cubrieron la pared.

EN MEDIO DE LA CARAVANA

Cómo quisiera apretar tu cabecita. La cabecita
que han llevado para que el fragmento del poema sea más evidente.
Pasar a otro estadio nos reserva una tiara de soledad.
País de trillos posibles para el que fue el sobreviviente
de la cabecita... el oleaje es el mismo. La cabecita
es parte del cadáver anterior. La musaraña del interior
del cadáver con los ojos abiertos a la nocturnidad.
La musaraña de la nocturnidad. La musaraña del cadáver
visto con los ojos abiertos. Pensar que está en tierra y el séquito nada conoce
de los desafíos, los brezales de la contienda.
En medio de la caravana el hombre que está detenido
hace una raya contra el ponzoñoso camino de la sierpe. A la entrada
del huerto el que me acompaña se persigna ante los avatares de estos sitios.
El que me acompaña se hace más visible. Coloca su nombre por ejemplo.

El que me acompaña dice llamarse igual que yo, pero es un cadáver. El que es cadáver ocupa el turno. Es difícil cubrir el frío de la noche con esas migajas de pan que han quedado por los trillos vecinales. El que me acompaña no sabe nada, un día despertó declamando versos a lo efímero.

IDENTIDADES

En el palacio de gobernación de México, D.F., en la salita del palacio donde espero, en el palacio de gobernación mismo, alguien me exige que indique en una planilla, marcando siempre con una cruz, el sexo, la misma identidad que antes pedían en dos cuadritos que delatan las opciones posibles. Los cuadritos posibles para los que han visto el sexo en una cruz distante, mejor dicho entre cuadritos. Miro en los ojos del que me emplaza, como si fuera un acto de extrañeza, y asiente con su mirada. En el palacio de gobernación, en los cuadritos del palacio mismo el que está de turno retiene el silencio, detrás de un cristal para marcar la diferencia, la cruz de la diferencia, en el palacio de gobernación de México, D.F., marqué mi sexo con toda la puntualidad del acto. Después salimos a la zona rosa.

HAY UNA NEVADA EN QUE UNO PREFIERE QUEDARSE CON EL CADÁVER MÁS CERCANO.

Darí­a pena decir que es otro el que arremete
contra el bardo: ¿Y qué pasa, muchacho, qué pasa...?
El insomne propone su año délfico y fustiga el revoloteo de las palabras.
En la entrada Ángel Escobar agonizando de felicidad.
Al figón le pareció una buena estrategia.
Hay una nevada en que uno prefiere quedarse con el cadáver más cercano.
Y Ángel Escobar por estos promontorios, cabizbajo por el
salto. Ángel Escobar, ante la redondez de las palabras y el país, especie de soliloquio
para el que cruza el muro. Darí­a pena decir que es otro paisaje.
Preferir la felicidad cuando no tenemos felicidad.
Preferir la mano que corta el hilo de los venideros días. Un boleto
para saltar de una vez. Preferir la mano. Preferir el amargo país que ha puesto
sobre la cabeza un mar de fondo, la mano que corta
al mismo tiempo la terquedad y el silencio contra la otra mano
que impulsa la caída. Preferir la cruz
y el peso de la cruz. Preferir a los que pasan y los que no pasan, a la misma
hora, en el vespertino itinerario. Preferir un nombre,

la línea de tu nombre que nadie prefiere. Preferir el último lugar del mundo como si fuera el primer lugar del mundo, una carta astral con la cual adquirir la libertad, un puñado de olvido. Armar esas balaustradas que nos convierten en el cadáver más próximo o viceversa.

Entrecortado es el aire y Ángel Escobar sigue en pie.

–Diría que es la hora del que está en pie.

La guillotina de los que han cruzado el margen es la fotografía que nos legitima. Ser el cadáver y Ángel Escobar nos lanza a la indefinición.

–Diría que es la hora del que está en pie.

EN EL INTERIOR DE UN PAÍS

Pero salto al interior del país, la brújula de los que han estado durmiendo entre los urinarios públicos y las calles de los anonimatos.

Rara forma de ser, del ser, del copista intrépido que se zambulle ante la anunciación.

¿Tiene usted algo que comer? ¿Tiene usted algo que comer?

¿Tiene usted algo que comer? ¿Tiene usted algo que comer?

Demoniaca es la imagen de la muchedumbre,

verificado por el que está de paso. En el interior de un país, soberbio país,

donde me he quedado a solas. Aunque no valga la pena

y a esta misma hora se ha sentado el pájaro

ante el espejo para que uno salte al interior del país,

como si fuera un paisaje vecinal, un querer dejar que el bosque nos proteja,

mientras siento el innoble gemido de la bestia, su respiración entrecortada.

¿Tiene usted algo que comer? ¿Tiene usted algo que comer?

¿Tiene usted algo que comer? ¿Tiene usted algo que comer?

UN SORBO DE LÁUDANO

Hemos perdido los cuadros de Rembrandt, la arboladura
de los que están desprovistos de una taza de té, de ciertas cabalgatas que la memoria
ya no guarda. Hemos estado mirándonos los rostros, opalino
reflejo que renace entre las ausencias que nos están matando, un sorbo de láudano.
Hemos perdido la perfección, como la de aquel
muchacho frente al estanque delineado por Caravaggio,
que quizás era yo, el velamen de otro tiempo, ahora que estamos perdiendo
el monólogo con la noche, entre los médanos de un país
y la simulación por un grado de felicidad, que no veo en tu cuerpo,
ahora que descorro las cortinas y creo francamente,
en esas trastiendas donde nos estamos quedando ciegos de verdad.

POR EL DNIÉSTER DE RIGA, COMO NÉSTOR PERLONGHER

A unas millas dejo al que fui ayer, sin salir del cerco voy por la misma carretera
por el Dniéster de Riga, como Néstor Perlongher
y de un puñetazo golpeo la realidad que se avecina en el poema.
El hecho está en llegar hasta la guardarraya
y quedarse en silencio con el verso que refiere
los negros almizclados en la noche, cerca de una playa,
por esos difuminos donde cruzar los alambres de púa,
las tendederas del poema mismo, nos acercan
a los cuerpos briosos, culpables de su belleza.
Quitarse una oreja, en esa impronta que el tiempo
retiene entre los perdigones del rostro de los que van
mutilando sus esencias. He terminado una crisis y prefiero no fumar,
golpear mi nariz sobre el pavimento. Golpear
las peonías. La embestida de estas noches
por el Dniéster de Riga, infranqueable ronroneo
de eso que han llamado la sobredosis.

Entonces voy pensando en aquel poema tuyo,
querido Néstor donde me hablabas del “cadáver
de la nación”. Subyace cierta trayectoria en esas claraboyas
del poema, en la línea final donde somos la criatura
perfecta, el corredor sin un pedazo de cielo.
Frustra el lecho del país, lo que ha quedado
de película. El látex del vehículo que se acerca.
La rancia penumbra que se acerca.
El viento que se acerca hasta donde estoy junto a Néstor
Perlongher y la soledad por medio. A unas millas
dejo al que fui ayer para que el poema se quede
con un algo de mi pasado. Neutralizar el verso
que advertían en el abroquelado refugiado de lo que pudiera suceder,
si no termino a tiempo, si no me dejo llevar.

EN EL ÚLTIMO LUGAR DE LA LISTA

En la pared del hotel nos guarecimos en el cuadro del fondo. La supuesta tela metálica para que nada pase. Las mordeduras del animal neobarroco que está haciendo su país, dejando su aliento, sus mordaces palabras para el que llegará detrás. En la pileta de ese lugar, tomaba algo de tu silencio, el almizcle de lo que no dijiste en la hora de la verdad, cuando uno piensa en lo áspera que resulta la contienda; vienes –sin apenas pedirte algo que sobrepase esta hora– para que te cuente de Rimbaud, de los poetas malditos.

¿Cómo podré visualizar el horror de estas temporadas?

En la pared del hotel, abro los postigos y el cuadro queda como en familia, expectante ante el convite. En el bullicio de este paradisiaco encuentro, nada hay entre tú y yo, a no ser este cuadro, estas pinceladas que son la circunstancia. Mis circunstancias son límites y no puedo hablarte de otra cosa. Lo habitual es intentar sobrevivir.

¿Cómo podré visualizar el horror de estas temporadas?

En la pared del hotel, por la filigrana donde el agua llega hasta la cabeza, el ánade del traspatio, el agua hasta los huesos. Los túneles me están afianzando a una domesticación. Una cartomántica

me ha dicho que el silencio es en ocasiones lo contrario. El secreto de lo contrario. El contrario espejo. El contrario cuadro. El contrario celofán que han colocado para que la imagen no se precise. El convite de lo contrario. El cuerpo tuyo contrario a lo que pudiera ser, la reverberación del tiempo donde nos pertenecemos mutuamente, y me he cortado el cuello. El contrario cuello a lo que pudiera parecer el mordisco del animalejo que despierta en mí todas las noches. Animal neobarroco que sufre como yo de esta desolación, del cuadro que hay en la pared donde supuestamente residía el otro, el otro como contrario. El contrario como si fuera del mismo bando, ahora mismo, pero sin cabeza.

¿Cómo podré visualizar el horror de estas temporadas?

No tengo nada que callar, estoy también fuera de los titulares, en el banquete del juego, en el último lugar de la lista. En el hotel mismo, contrario a todo pronóstico. Ni siquiera sé si es algo habitual descubrir en el cuadro que hay en la pared tanta conmoción. La sacralidad del uno, el disfrute de los que están ahora mismo inmersos en la mediocridad o el absurdo, para que digan que eras tú el patito feo, el que debe decidir entre el estar y el no estar. Pero nada me avergüenza en esta fábrica del absoluto. Nada es ajeno a estas figuraciones del reino.

¿Cómo podré visualizar el horror de estas temporadas?

A TODA COSTA

Alguien queda expectante en el invaluable rincón donde naciste,
sigue tus pasos zigzagueantes –a deshora– porque siempre querían
el aplauso de la memoria que has borrado. Lo mínimo. La cotidianidad
es un lujo, un remoto país donde se bifurca el hombre
que fuiste ayer y esa fórmula de escapar de la soledad,
a toda costa. Alguien se despide en la arena,
donde el ayer mismo estaba buscándote para que no fueras
la incomprensión de la familia, los retratos que se colocan al revés,
el sinsentido de un mundo que nadie comprenderá
mejor que tú. Espeluznante es el hombre que no regresa.

UNA CORBATA ROJA A PINTAS BLANCAS

No se puede responder. No se puede responder.
No se puede responder. 4) No se puede
responder. No se puede responder. No se puede
responder. 3) No se puede responder. No se
puede responder. La estrangulé. La estrangulé
con una corbata roja a pintas blancas.

Oswaldo Lamborghini

Advertía al paseante no dar cabida a las versiones. Primero sucedió lo humano, lo estrictamente humano cuando me tomó el cuello y chocamos las narices con la boca. Nadie mira al que se sienta a tu lado, y en esa distracción tomamos una cerveza negra. Dos cervezas negras. Incontables cervezas negras. Tu corbata roja a pintas blancas me recordaba la escena. El abroquelado entreacto. Desabotonando el país que cubre tus dedos no pude responder. Impreciso es el corazón para el que dice amarte tanto. No pude responder. Afuera llovía y adentro era un sauna este modo de complicidad. Un chasquido de los que van goteando. Un chasquido de los que van goteando. Un chasquido de los que van goteando. Y nadie se atreve a lo adverso. La silicona de lo adverso. El país que tienes en tu mano y no es el verdadero lugar de tránsito. Advertía al paseante no dar cabida a las versiones. Si uno está fuera de estas balaustradas, con una corbata como la que tengo, territorio

de fuga donde nadie alcanza el fin. Cómo pudiera aseverar la tempestad del que se ha sentado a mi lado, cruzo sin saberlo su geometría. La curvatura del que está contrario a esos espacios. Usted tendrá algo de qué arrepentirse. Usted tendrá algo de qué arrepentirse. Usted tendrá algo de qué arrepentirse. Usted tendrá algo de qué arrepentirse. Después nos despedimos.

Debajo del látex la criatura a la que no se le dio
el permiso para cubrir el rostro y salir del lugar donde estaba.
Decadente es el cielo de un país que asfixia, la goma
que cruza la frontera y asfixia, como si fuera una película del Oeste
que asfixia la médula del embestido animal que nos mira
con asfixia cuando hacemos el amor de vez en cuando,
sobre la ceniza y el ronroneo de la carne. Aprendimos en el aplauso
la sonoridad del látex y seguimos de largo. Para qué tantos muertos
bajo esas cruces, tomar de la sordidez la mordedura del que salta fuera
del círculo y el que te empuja tiene un librito de Allen Ginsberg,
su figura obcecada sobre los quioscos, para hablarme de poesía y del que cruzó
las piernas –algo insatisfecho– rara imagen ésta para residir
fuera de un todo. El chofer que nos condujo tenía un crucifijo de plata
que no valió para nada cuando cruzamos la línea de los que no están.

YA HABÍA DICHO EN UN POEMITA QUE YO ESTABA DETRÁS

Entablar una conversación. Seguir donde antes había un anuncio: “Se vende una casa”. Recuperar la casa sin tener este peso en el bolsillo, y después ir a la calle por este peso. Ocultarse bajo los árboles, entre la noche de los árboles y los países que alguna vez te prometieron. Subir al cielo por una escalera, pero ya había dicho en un poemita que yo estaba detrás.

De nada valió aquel refugio que idealizamos como un suelo para saberse protegido. La ventana desde esa filantropía, me hace perder la noción de la noche, la aritmética de la noche. Diluvio de la mano que chupa la sangre, la vestidura de lo que va quedando, mientras los carros siguen, alguien chupa mi sangre que se disuelve en los trucos de un travestismo que me hace perder la noche del entreacto, la circunstancia de estar triste como dijo el poeta, porque “la princesa está triste”.

La noche como para el que deja de sonreír porque las venas están necrosadas, el cielo está necrosado, la página está necrosada y el ayer, y la tarde que fue entre tú y yo un instante de veracidad absoluta, de rara secuencia; nada me sirve para recuperar la tiranía, la mácula de la tiranía, el esperpento que empiezas a ser por el que nada dijo, por el que ocupó el pupitre de los desorientados, de los que hicieron silencio.

Mundillos estos que más identificó el pensamiento del que estuvo en la esquina por mucho tiempo esperando a que pasara. Inyectarse un algo para ser feliz, terminar como el cuerpo necrosado en las vidrieras de un hospital de mala muerte, la saliva saliendo y la cuchilla en las venas. Ser el gatico que van a agujerear en la escena, seguir la conversación como arquetipo, simular y simular y simular y simular y simular.

En la primera teoría, era el paseante el que había dicho que ya la cena está lista, la felicidad de una casa donde naciste. En la teoría que sigue, la casa se ha perdido, la vieja arquitectura pasó de moda, ahora se usan más los balcones neoclásicos. En la tercera teoría, debiste cambiar de nombre, ser por ejemplo un famoso pelotero que ha conquistado raras glorias.

Me persigue la teoría del que escapa fuera de toda posible naturaleza. Mi nombre como naturaleza. Mi nombre al final de una lista. Mi nombre para decir del sentenciado a cadena perpetua. Mi nombre que se parece mucho a un lugar común. Fingir que la naturaleza es del que está pensando en las teorías supuestas para el día en que debes morir necrosado, en la vida real estar muerto. Aquí los muertos no se cuentan. Como una variante de la primera teoría que no será jamás tu imagen, la anunciación de tu imagen neobarroca, en la parada de un maquinista, en la simulación de los que van en la carretera pensando en la segunda teoría, bajo la conmoción de una sobredosis. Asumir que te han expulsado de la tercera opción, pensar que estás fuera de grupo. Porque reside desde hace mucho en el poema.

La misma secuencia petulante de lo que pudo haberse previsto para el día siguiente. Que alguien prefiera sacarte la lengua a sangre fría, tirarte a un lado del camino y decir que fue

un error; que te confundieron con otro que tenía más años que tú, que no cruzaba nunca por el lugar, pero simulaba la cuestión. Es la cuestión. Es por tu nombre que figura como lugar común. Como lugar necrosado. Como posible sobreviviente. Tú eres el día 30 de febrero, la conmemoración de una ciudad que apenas tiene visitantes ilustres. En la letanía me dan ganas de sacar la distancia entre el día en que nos dieron el puntapié y la llegada de la parentela con sus mismos discos. Había que aplaudir, había que cruzarse de brazos.

Simular. Simular. Simular. Simular. Simular. Simular. Simular. Simular. Simular. Simular.
Simular. Simular. Simular. Simular. Simular. Simular. Simular. Simular. Simular. Simular.
Simular. Simular. Simular.

La conducta es cruzarse en las piernas y en el corazón, agujerear la memoria que ya no sirve para nada y dejar que suene la pátina por los que no están. Piafar la sombra de uno mismo. Liberarse del cuerpo, quedarse con la ropita de domingo y ser el que va todos los días a leer el periódico nacional en el mismo lugar de siempre. Aquí las noticias malas llueven.

Afuera todo es temeridad, imposible, negación de la ropita de domingo. El pensamiento más racional está bajo nuestro cielo, cubrir la cabeza para que no te caiga un día de conmemoración nacional y la mala nostalgia de que te has quedado solo, prácticamente solo para este día que nada tiene que ver con la película para los que están fuera, en las cajitas de cartón, en el día de conmemoración nacional.

PARLOTEO DONDE LA NOCHE ESCAPA *(a manera de díptico)*

i/

Sobre la tarima la pesadumbre de no ser el reconocido
por los que fueron alguna vez la ortodoxia más rancia, el silencio
corroe el espíritu del niño aquel que descubre que su nombre ya no está
y le han dado un souvenir para que cambie de juego, de galope a solo
media hora de partir, para que siga un rastro de animalejo
con la soledad a cuesta, con su jaula; apenas arrecia la tormenta
y uno queda con los ojos fijos en la tierra.

ii/

Dibujo sobre la línea aquellos barquitos de papel
que una vez lanzamos ferozmente
contra el muro, la acera de todos, donde los cruentos años
dejaron el barquito con cierto aire
de naufragio y el niño fue perdiendo su felicidad, su sitio en el contén
de casas sin pintar, sin cuadros en la pared,

bajo estos subterfugios. Yo sigo contando las palomitas en el techo,
las adivinanzas que nunca pude adivinar, el árbol
de los centavos que nos permitía cierto horizonte
para el que deambula, la noche es lo mismo, aquí
y allá, pero nada sucede dos veces. Lo mínimo
dos veces en el juguete del niño arrodillado
frente a mí. Parloteo donde la noche escapa y ya no eres
el tatuaje del niño aquel que se resigna, que descubre indemne
ante los años que la lluvia ha perdido su barquito,
cabalgatas éstas para el que no vio en los ojos del niño,
en la excomulgación del niño que se escondía
entre la turba. Las lágrimas del niño. El corazón
del niño. La franja del niño donde tiembla su edad
y sus angustias. Parloteo éste en la noche,
el niño en la noche, por ejemplo. Las lágrimas
que se las tragó la tierra. Yo sigo contando las palomitas
en el techo, fingir que soy un pedazo de isla
o de mar, el guardabosque, la intuición del que no
escribió nunca un poema donde había un barquito
en el contén, dos barquitos en el contén, tres barquitos
en el contén, bajo la lluvia, en la noche, y que sigo
contando palomitas en el techo. Las palomitas y

los barquitos no tienen destino como los ojos
del niño aquel que deja pasar la noche,
porque no puede con la noche, porque la noche
escapa con cierto desatino, entre la polvareda
de estos raros países que hacen de la soledad
un barquito en el contén, dos barquitos
en el contén, tres barquitos en el contén.

AHORA QUE LEO EL UNIVERSO DE JORGE BOCCANERA

El poeta que arroja su anzuelo en la garganta de la
sordomuda, ¿qué busca?

Jorge Boccanera

Me hacías preguntas sobre el istmo que nos cercenó
a todos, mientras descubro que el Universo
de Jorge Boccanera insufla al que está a su lado,
miopía del que no transita los promontorios
de un país. Silenciar / la locura nos hace
parecer que el que tira el primer anzuelo / es el iceberg
de lo que va quedando. Que el que tira el segundo
anzuelo es el iceberg debajo de lo que ya no queda,
de lo que se añade por supuesta asociación,
el estado de asociación. Silenciar / la locura
nos hace asumir la asociación. Me hacías
preguntas sobre el istmo que nos distancia,
la vorágine nos hace ser el que tira el anzuelo

por tercera y última vez. Una larga
melodía para un supuesto amor que no encuentra
el comienzo bajo el cielo. Por decantación, el silencio / la locura
del poeta que despierta todas las noches bajo mi sombra, y quiere ser
mi sombra, la novedad de la noche. Fingimiento éste /
noctiluca / pátina del que descubre en un poema
cierta raíz en el istmo. Y te llamas Javier,
a deshora, al que asaltaron, el que vas cortando las venas,
pues ahora vives con tu mejor amigo, sin que nadie
lo sepa, pero eres feliz y no me adviertes,
ahora que leo el Universo de Jorge Boccanera. El que está en pie
da un paso al frente. El que tira el anzuelo
da un paso al frente y ya todos se preguntan
¿qué busca el que dio la espalda a un acto público donde el poeta hablaba
de ciertas realidades / el silencio que sigue
en pie, en el enroque de los que siguen en pie
bajo el Universo de Jorge Boccanera ¿Qué busca? ¿Qué busca?
¿Qué busca? Yo que tan solo tengo una ciudad, otro istmo,
un nombre por tradición, el que arroja también
el anzuelo en la garganta de la sordomuda
para que siga en pie, y después salir a la calle.

POEMA DONDE INTENTO DESLIGARME A MÍ MISMA

Si yo, a través de mi alma viva, logro
conducirlo al Alma, si a través de mí
logro conducirlo al Todo, me sentiré
feliz. Porque el Todo es – mi casa, yo
misma voy hacia allá, soy para mí misma
un apeadero, yo misma intento
desligarme a mí misma.

Tsvietáieva

En el cuadro de la casa / la memoria
también hace lo suyo como Marina Tsvietáieva
frente al espejo donde escribió su dedicatoria / resaltando la obra
de Ósip Mandelstam / breves encuentros éstos en la casa
de campos / en el cuadro que recorté de una revista / para salvar la diferencia /
Fustigar la diferencia / La hora cero / La versión de ciertos manuscritos
donde dejé el alma y el todo / con un sentido hedónico / donde soy
también un apeadero / a la manera de la escritora rusa / yo misma intento

desligarme de mí misma / Yo misma seré la hora cero / La desolación
de una imagen que se pierde / que ya no existe, / que nadie puede entender
y punto

POR AÑADIDURA

En el divertimento de los límites, descubro
el arcano territorio donde la sombra
deja el mañana, raras turbulencias éstas
para el que duerme a deshora en mí, dice la pitonisa.
Cuando otro hombre intenta con un puntapié
mostrarme las cicatrices, por añadidura,
el jardín de los fieles, el hondo país
que florece en la penitencia, en la mordedura
de ese animal que roba el sueño más recóndito,
en blanco y negro; pero el alma no está
y eres otro hombre que ignora el desasosiego
de los penitentes. Debajo de la hierba,
en el crisol de la hierba, en el umbral de lo que está
naciendo y la memoria siempre escurridiza,
me tiemblan las manos que sacuden los cimientos
de estas temporadas, de estos largos adioses.

La frontera de mi patria es el borde de mi plato.

Juan López-Carrillo

Sobre las peonías el tiempo asume su herbario
como si fuera una falsa, pensar que en el escondite
donde compartimos los últimos centavos queda algo
del ayer. Evanesciente tiempo éste para las decapitaciones y el golpe
de sensación que hacen los cuerpos que no quieren asumir la realidad,
fetichismo que han clavado en la puerta de la casa, en la trastienda,
mientras mi madre muere de un tumor.

Decir que yo no existo es una broma para el embestido
aire de la noche, terminar todo de una vez, quizás pudiera ser
el juego ideal para los que amanecen sin su nombre,
y sin su carné de identidad. La frontera de mi patria
es un mar de fondo, una línea sinuosa para los que nadie
tiene el salvoconducto, el rostro sajado por la miseria
que se ajusta a la caza del plato sobre la mesa y la familia
desposeída de sus jarrones de peltre.

Lo más oportuno sería inclinar la sed ante la frontera,
la premonición misma con que Arthur Rimbaud escribió
su *Fiestas de hambre*, un modo de simplificar los límites,
el telúrico paisaje que nos advierte que al borde mismo de todo
hay una sensación de angustia, como en algunos cuadros de Fidelio
Ponce de León, que bien pudieran figurar en la casa.
Sobre las peonías el tiempo asume su herbario como si fuera una falsa,
el soliloquio de un tiempo que arrecia sobre el borde de mi plato.

LO QUE VA QUEDANDO

El hojalatero no sabe que invento ciertos recortes
de una existencia, aprieto un gatillo para que endurezcan
mis manos sobre la tabla rasa y corto de una vez
la filigrana de la memoria, lo que va quedando de ella,
como si fuera el metal que coloco contra mi cuello.
Percibo así una dura realidad y no encuentro palabras
a esta misma hora donde Fidelio Ponce de León
no me acompaña y no sabe nada de mi patria.
El hojalatero ha dicho que aprendí bien el oficio,
dura faena ésta, la memoria es una navaja que ha caído.

COMO ANILLO AL DEDO

Y yo descanso elevándome en el tedio
y sintiendo que la paloma
vuela adherida a mi memoria

Lina de Fèria

Con el último cartuchazo he perdido la memoria.
En los espasmos de estos daguerrotipos quedé silenciado,
dirían que por sobrepasar ciertos escollos. Palpo
el rostro del que me emplaza y sale cabizbajo
ante la anunciación de estos derroteros.
A duras penas se alcanza la gloria en un poema vespertino,
esa luminosidad sacada de una fábula de Esopo,
no alcanza a deletrear el tiempo que nos queda
de modo tangencial, como anillo al dedo,
como memoria en otra parte. Comulgar con la idea de que uno
está tan desprovisto ante la inconsecuente escena donde al final
uno se va quedando solo. Voy llevando mis libros predilectos
a esos escondites, trato de ocultar mi osamenta
mientras la lluvia se filtra en la casa de toda la vida.

Con el último cartuchazo estoy dibujando
un paisaje sideral, un columpio donde cuando niño
quizás puedas encontrar la felicidad y esta noche,
muy certera entre nosotros, para no decir más.

FINGIR QUE NO HAS VISTO EL MAR

In the street of the sky night walks scattering poems

e.e.cummings

Quedarme solo en el cuarto, junto al trébol,
las cansinas luces del trébol parecían un fantasma bajo el puente. Nadie
vio el puente, la media luz que oficia las horas en que el hombre
abandona la ciudad y queda listo. Queda listo porque a nadie importa
esas ausencias, los ojos que alguna vez fueron azules, a nadie importa.
Berenice, a nadie importa que tengas un nombre
que no exista, un país que no exista. Remiso cuerpo este
que se dispone a la mutilación en estos días donde todo cuesta.
Descubrir lo que faltó en el pulmón que ya no tienes, que comienzas un poema
y presumes que ya no te hace falta la lengua, en el inicio del poema mismo,
en la medida que vas diciendo tus silencios
alguien viene a ocupar el turno, la premonición, la sibila que no estuvo
para tirar las cartas. A nadie importa que tengas fatiga porque tu pie
derecho faltó en el momento indicado, y sientas pena de ser tú mismo,

un cansado hombre, sin columna vertebral ni amores definitivos,
que a nadie seducirá por el hedor que llevas. Mutilar tu hora de receso,
tu mirada incólume por lo que va quedando, es un acto de realeza
que nos hace advertir un nuevo tiempo.

Mutilar tu poema porque no estaba listo todavía, y quedar en el sendero
de los desorientados. A cuesta llevas un tiempo, Berenice, un magro tiempo
que nunca nos perteneció. Fingir que no has visto el mar que se avecina,
la rémora que ha comenzado a descender entre los juncos.

Mutilar así tu espacio, tu dimensión más precisa para que otros digan;
así fue todo.

Yo no sé si he despertado esta mañana o estoy muerto hace tiempo y sigo caminando, y preparo el café todos los días, y recorro las calles y las plazas con el inútil andar de los difuntos...

Ramón García Mateos

*Ezért tanultam járni! Ezekért
A kései, keserü léptekért.*

János Pilinszki

Bajo los estertores, en el mismo hospital que despedí a mi padre, hay un extraño en la misma cama, como si la escena se repitiera. Deambula la familia y nadie se atreve a decir lo inevitable, esa mixtura que hacen los días. Lo trascendente es mirarle a los ojos al enfermo, con rara vestidura él ya imagina su paso por el trasmundo, el código de los que están saliendo del círculo. Contra todo pronóstico, quiere decir algo, mastica unas palabras sin remedio, ensaya una sonrisa, una simple sonrisa para evadir la mala racha; y el que está más próximo añade: *—parece que ya está mejor!* Aunque sea ésta una sonrisa para el que deambula, la parentela que deambula, para el que espera el turno. De un momento a otro abre los ojos el que está en la cama número veinte y cuatro, en la misma cama que despedí a mi padre, y así queda el cuerpo para no decir más, para no decir.

Bajo una luz descifro lo que nos va quedando. Territorio que nada podrá equiparar el vacío, lo mínimo, especie de arte minimalista para los que están sobre la cuerda. De un punto a otro sólo hay dos puntos y un gran temor al salto, estoy en un hospital, en la cama de un hospital, en el centro de la cama misma que hace el centro donde la familia observa, a mi lado la familia, la familia como lado, como sustancia, brizna, imán de los días, días éstos que pasan. Misterio de la media luz, una luz goteante, un lugar donde todos miran el reloj, sin conocer que contra la noche es el juego. El juego del que se suministra una sobredosis de seconal sódico, y es casi un cadáver exquisito, un cadáver para el día próximo, un muerto más entre tantos muertos.

El juego es contra la noche, en este hospital veo la familia como nunca, y yo que he sido el hereje, el buscapleitos, la mala cabeza, sólo pido un minuto mientras el seconal sódico transite el cuerpo, el rostro del poema. El de la izquierda de mi cama mira horrorizado el próximo turno, su turno, la línea frágil que hace el cuerpo, el seconal sódico, para el que tiene la mirada fija, invisible para el tiempo mismo. Invisible para el que no quiere el turno y le dan un puntapié para que sea el muerto real. El juego es contra la noche, lo inerte, una especie de sobredosis, la alianza que Octavio Paz definió: *la palabra en la punta de la lengua*. Y la lengua se tuerce con el seconal sódico, y es promiscua, se deleita para que el cadáver exquisito tenga cierto sabor a gloria. El juego es contra la noche para que el muerto no sea un muerto común y corriente.

Una sobredosis doblará mis arterias y siento el reino de lo intangible, de ciertas realezas. Bien sabía Pere Gimferrer: *duró más que nosotros aquella rosa muerta*. Duró más que nosotros las campanas del pueblo, y la callejuela donde mi padre vendía estampas de santos. Duró más, es cierto. La rosa muerta es una libación de pasado, un rostro que sentencia la belleza de aquella otra rosa muerta ya, de rosa misma en el lugar que estaba la belleza que pudo ser más evidente pues: *duró más que nosotros aquella rosa muerta*.

V

Dibujaría la penitencia, pero no lo haré. El beodo anuncia en estas páginas los viejos paisajes, la estigia. Mutilar lo exuberante, la vestal. Un sendero de cardos y ocujes, es el oficio que reconozco. Dibujaría entonces un mar y unos adolescentes desnudos ir por la pradera, pero no lo haré. El beodo husmea en la lluvia, en estas criaturas agónicas como toda criatura, inasible y fugaz. Dibujaría esa pequeñez familiar, ese reconocer a las criaturas distantes, pero no lo haré, pues contra la noche es el juego y no otra cosa. Es demasiado difícil el oficio de encontrar la criatura amigable, perfecta, como decir por ejemplo éste es el Norte y allá es el Sur verdadero, es demasiado divino, un don posible, en esa gama de luces advertir al poeta entre otras criaturas ocultas, que se despiden constantemente. Con tiranía, el celo del animal que se esconde en su propio círculo, pudiera incluso reconocer tales paisajes, entre el vacío y la redondez de la piedra que cae, pero no lo haré. Cuesta mucho el vacío y nada significaría rehusar al vacío ahora que hay mares y países para todos. Tendría que mentir en algo, pero no lo haré. Es duro reconocerse en los ojos del animalejo que empieza a morir frente a ti, poco a poco, mientras te empieza a matar, te consume. Asir el tiempo. Pájaros éstos negros.

GOLPEAN LAS SOMBRAS / LAS SOMBRAS NEGRAS
(ALEJANDRA PIZARNIK)

Con la sonoridad del látex hicimos la
casa en las afueras

Dibujo la sombra que no
llegará nunca

Fantasmagórica es tu silueta sobre el
pozo donde están dispuestas las lilas y
los romerillos

Pudiera así cambiar las cosas, de
repente?

Dime algo, papá? Yo esperaré
en el sótano si me lo pides

Golpeo la noche, el lenguaje de la
noche

Habito en otra parte.
Otra parte, por ejemplo pudiera ser
un hueco bajo tierra, un apeadero
para golpear la cabeza

Está todo previsto para no estar
previsto

Aquí hay una piedra en el camino

Salto entre la sombra del otro.
Papá, queda algo de esperanza
para seguir...?

Mejor no entiendas nada,
mejor ten la memoria en otra
parte

1.- Secundar lo imposible después de vivir una larga temporada...





PREMIO INTERNACIONAL
MANUEL ACUÑA
DE POESÍA EN LENGUA ESPAÑOLA

2013

Artefactos para dibujar una nereida, obra ganadora del Premio Internacional Manuel Acuña de Poesía en Lengua Española, se terminó de imprimir en diciembre de 2013. Fue editada en ocasión del CXL aniversario luctuoso del poeta coahuilense Manuel Acuña y en el marco de la ceremonia de entrega de este premio internacional de poesía a su autor, el poeta cubano Luis Manuel Pérez Boitel.

El tiraje consta de 2000 ejemplares.
La impresión estuvo a cargo de Coordinación Editorial
Dolores Quintanilla.